

¿QUÉ NEGOCIAR? LA RECONFIGURACIÓN DEL PODER ES LA CUESTIÓN CENTRAL MAINZ: UN PUNTO DE PARTIDA

EL ESTATUTO DE PODER EN LOS ACTORES COMO ASUNTO CLAVE DE UNA NEGOCIACIÓN

POR QUÉ, PARA QUÉ, CUÁNDO, CÓMO Y DÓNDE NEGOCIAR el final de la guerra interna, constituyen interrogantes cruciales en esta primera, contradictoria y compleja etapa de construcción de paz en el país. Sin embargo, el QUÉ NEGOCIAR, que es el nivel en el que se encuentran, chocan y contraponen los intereses de los actores y en el que se ponen a prueba las bases y recursos de poder de cada uno de ellos, es, a todas luces, la cuestión central.

Al hablar de este último asunto estratégico del qué negociar, se está haciendo referencia a las materias objeto de negociación las que, al ser múltiples y variadas en su naturaleza y alcances, ameritan alguna jerarquización, pues no todos los asuntos poseen igual rango de importancia. De acuerdo con las lógicas conceptuales y analíticas que subyacen a esta reflexión, para el caso colombiano, el eje del qué negociar se encuentra definido por el estatuto de poder de los actores directos tanto en la situación de la guerra como en la de la negociación en sí y en la de la postguerra. A este respecto, so pena de frustrar una posible negociación, se debe actuar sobre formulaciones explícitas y no sobre premisas escasamente descifradas



en sus consecuencias ni sobre simples presunciones cuyos derivados lógicos y fácticos apenas medio se colocan sobre el tapete con enorme timidez. Con frecuencia, para abreviar, apresurar o publicitar procesos, con increíble facilísimo se les reconoce a los actores militarmente confrontados la condición de sujetos políticos que poseen un ideario político así como algunas "dosis" de poder. Pero, en las

* *Red de Universidades por la Paz y la Convivencia, Red-Unipaz. UNIVALLE, 1998*

circunstancias de la verdad "verdadera", que son las de la definición y materialización de las materias objeto de negociación, no se sabe que hacer con la piel de tigre. Entonces, en la práctica se tiende a actuar como si esos actores no tuviesen unas posiciones autónomas frente al Estado y la organización social y como si en los campos de la guerra no hubiesen conquistado poder político alguno.

Cuando se toman en cuenta los escollos de estructura a una posible negociación y cuando se advierte que la historia del poder en Colombia ha revelado que la clase dirigente colombiana no ha vivido experiencias importantes de negociación entre actores "enemigos", dadas sus posiciones frente a Estado, es cuando la anterior hipótesis evidencia toda su significación.

En concreto la hipótesis es la siguiente: para que la insurgencia armada se decida a pasar desde las lógicas y los espacios de guerra (espacios en los que han conquistado poder militar y poder político real) a las lógicas y espacios de la democracia de participación, debe sentirse subjetiva y objetivamente reposicionada en las relaciones de poder político institucional.

La insurgencia armada sabe, la experiencia histórica se lo ha enseñado, que ésa será la única forma de garantizar que las otras materias a negociar, o negociadas, tengan una garantía real de afectiva materialización en el corto, mediano y largo plazo. En otros términos: los actores confrontados en lo militar podrán pactar, con la mas activa participación de la Sociedad civil, un sin número de reformas estructurales, pero éstas se podrían quedar en el mero nivel de la internacionalidad de los actores, si con claridad no se acuerdan las condiciones de poder bajo las cuales éstos se verán y se sentirán reposicionados. Para fundamentar, en lo conceptual y en lo empírico, la anterior hipótesis, a partir de las nuevas realidades que se han venido produciendo en el país a raíz del desenlace político que tuvo la elección presidencial, se le formularán preguntas al texto "El conflicto político armado en Colombia Negociación o Guerra". ⁽¹⁾

Con cierta internacionalidad pedagógica y para proporcionarle un marco más global y coherente al objetivo específico de esta reflexión, se hace un esfuerzo por sistematizar, en forma muy abierta, algunas tesis alrededor de los primeros interrogantes. Al referirse a la Separata "La Paz sobre la Mesa"⁽²⁾, en la que se recopilaron siete Propuestas de Paz, señaló Enrique Santos Calderón: "Vale la pena leer esta separata para entender mejor los motivos y propósitos de los protagonistas directos del conflicto armado, la visión del país que sueñan, así como sus convergencias y divergencias con las propuestas de la Sociedad civil y del Estado. Lo más sobresaliente - como lo señala la propia Revista en su análisis - es la coincidencia de reclamos, propuestas y visiones que expresan los grupos armados insurgentes y contrainsurgentes que se están echando plomo".

Entonces, por qué se pelean?, tituló "Cambio 16". Santos Calderón ensayó la siguiente respuesta: "publicadas en sí, en blanco y negro, una frente a otra, las diferencias, aunque las hay, no parecen tan abismales. Todos quieren solución política, cuestionan la injusticia social, proponen reformas estructurales, reclaman presencia del Estado en zonas marginales, condenan la corrupción y hacen profesión de fe en el Derecho Internacional Humanitario. Difieren: en la concepción del Estado, la Fuerza pública y la propia visión del conflicto".⁽³⁾ Al formular la pregunta, "Cambio 16" interrogó al respecto a un analista lúcido como Alvaro Camacho: es necesario, dijo el Director del IEPRI, tener en cuenta la aparente brecha que existe entre algunos de los planteamientos expresos de esas fuerzas y los mensajes reales de sus actos cotidianos. "Pero también hay que considerar que si son tan persistentes las convergencias, las guerrillas y las autodefensas podrían terminar aliadas contra los factores que para ellos impiden el cambio, como son los terratenientes, la clase política corrupta y todos los representantes del establecimiento. Esta es sólo una hipótesis, remató Camacho. Otra es que ante la evidencia de sus convergencias deciden iniciar, tarde o temprano, conversaciones que desemboquen en el logro de esa anhelada paz negociada".

(1) Vélez Ramírez, Humberto «El conflicto político armado en Colombia Negociación o Guerra», Editorial Universidad del Valle, Cali, 1998

(2) «Cambio 16», Nro. 256, Bogotá, Mayo 11 - 18 de 1998

(3) *El Tiempo*, Mayo 11 de 1998

Ciertamente que "publicadas en sí, en blanco y negro", como dice Santos Calderón, nominalmente y en las apariencias, las convergencias pueden ser muchas; sin embargo, cuando las propuestas se ponen de frente a las concepciones del Estado, a las interpretaciones disímiles del conflicto, a los idearios ideológicos - programáticos de los actores y a los recursos de poder que estos efectivamente poseen o se imagina poseer, las divergencias son de contenido aunque en lo nominal se utilicen denominaciones y adjetivaciones sinónimas. Es precisamente sobre estas diferencias de contenido sobre las que los actores directos del conflicto armado, el Estado y las Sociedades civiles (en donde se mueven y actúan los actores indirectos del conflicto) deciden negociar y lo hacen desde condiciones y expectativas dadas de poder.

Por lo tanto, aceptar que los actores de la insurgencia armada son sujetos políticos que, en alguna forma, son portadores de una concepción de Estado y Sociedad; postular, por otra parte, que la salida al conflicto armado debe ser una salida políticamente negociada, no son ni pueden ser simples slogans publicitarios, si no posiciones políticas, que comporten significativas consecuencias y notables y notorios efectos de poder. Por ejemplo, la histórica reunión del Presidente electo con Marulanda Vélez, más allá de las valoraciones que de ella se pueden hacer, constituye una indicación empírica importante de una posible negociación inspirada, influenciada y hasta regulada desde paradigmas de redistribución del poder. En sentido contrario, contrasta observar cómo muchas personas y sectores empiezan a evidenciar el carácter meramente discursivo y publicitario de sus posiciones frente a una posible negociación, cuando han empezado a interpretar esa cita como un acto de genuflexión del Estado frente a la insurgencia armada.

POR QUÉ NEGOCIAR

En primer lugar porque, en lo objetivo, así lo está exigiendo la situación interna del país así como el estado actual de sus relaciones internacionales y en segundo lugar, porque, dada la anterior circunstancia, si no se construye el desenlace democráticamente

concertado, la salida guerrerista se colocaría a la orden del día. El país ya no resiste más esta guerra interna; por lo tanto, o se negocia o se viabiliza el combate militar definitivo.

El anterior es el dilema que se busca descifrar en el Capítulo III del libro que sirve de referencia a esta reflexión.

La mayor tragedia para cualquier sociedad no es que en ella se produzca una guerra interna si no que en su seno durante muchos años, casi durante décadas se desarrolle una guerra que ninguno de los bandos en pugna logre ganar la batalla definitiva. Ha sido precisamente esto lo que ha venido sucediendo en Colombia: durante cuarenta años se ha venido librando una guerra sin que ninguno de los actores en confrontación armada haya logrado ganarla. Ahora, en el final del milenio la situación se ha complicado, pues a la contienda ha ingresado un nuevo bando constituido por las autodefensas.

En el libro en referencia, la anterior situación es descrita como "empate militar de largo plazo". Se trata de una hipótesis metáfora que apunta relieves cómo durante varias décadas de guerra interna ni los militares han logrado someter y vencer a los guerrilleros ni éstos derrotar a los castrenses. En la década del 80 Belisario Betancour intentó ponerle punto final a esta guerra por décadas empantanada, pero fracasó, pues la sociedad civil y política le dejó solo, prácticamente lo abandonó a su propia suerte.

Pero, ahora en el final del milenio, como nunca se está haciendo evidente el impacto, cada vez más negativo y disfuncional, de ese empate militar de largo plazo sobre el conjunto de la sociedad colombiana. Esta situación no hace más que reforzar la urgencia de ponerle punto final a la guerra por el camino que sea, el democrático y negociado o el guerrerista y militarista.s

MAINZ Y EL PROBLEMA DEL PODER.

Mainz constituyó un punto de salida democrático en el difícil y complejo proceso de comenzar a construir

democracia y justicia social a partir del final de la guerra.

Sobre el evento de Mainz pueden lanzarse dos miradas metodológicas de suma importancia: en primer lugar, allí se inició un proceso, novedoso e innovador, de construcción democrática de una negociación; pero, por otra parte allí se gestó también un proceso de aproximación a la guerra interna desde el paradigma del D.I.H. Sólo un fundamentalismo abstracto e ahistórico puede pretender que una guerra tradicionalmente reacia a toda normatividad, de ahí su carácter anómico, haya salido de LA PUERTA DEL CIELO cabalmente ajustada a los ordenamientos humanistas del derecho de guerra. Fantasioso resultaría exigirle su ajuste mágico a las normas del D I H., a una guerra cuyas dinámicas han cabalgado sobre su negación

Entre otros muchos, la cristalización de una negociación debería arrastrar dos productos centrales. En primer lugar, el reposicionamiento político de los actores, que pactarían, dentro de una nueva configuración institucional del poder en el país, pasar de las lógicas y las prácticas de la guerra a las lógicas y prácticas de la democracia, por otra parte, este tránsito solo lograría concretarse en la medida en que se pacten, viabilicen y realicen un conjunto de reformas institucionales, políticas y sociales, indispensables pero posibles, entre las que se destaca una reforma reina: la reforma del Estado.

Conviene detenerse un poco en este asunto.

Ocurre que con un conflicto armado o sin él, la refundación del Estado colombiano, desde lo local, lo regional y lo internacional, constituye la más urgente necesidad estratégica de la sociedad colombiana. Pero ocurre, al mismo tiempo, que en este final del milenio

cualquier negociación del conflicto armado, que presuma de tal, necesariamente tiene que pasar por una nueva configuración del poder en el país. En la actualidad lo que se encuentra en juego no es un simple regateo de becas, taxis u empleo oficiales sino, más bien, asuntos relacionados con el control de importantes zonas del territorio nacional así como con la reubicación institucional de los actores confrontados en la estructura de una nueva forma de Estado y de Régimen político.

Estas nuevas perspectivas de una eventual negociación ha sido advertida con claridad por los exponentes

mas lúcidos del propio establecimiento; sin embargo, tal como ocurrió en la época de Belisario Betancur, se han venido relacionando los enemigos agazapados de la paz para manipular la situación y desorientar la opinión nacional.

A este respecto varias cosas deben quedar claras:

1. Hasta ahora ninguno de los actores en armas ha planteado el problema de la reconstitución del poder o de la federalización política del país como posibilidad de una ruptura de la Unidad territorial del Estado.

2. Cuando se examina la evolución y desenlaces de las

numerosas guerras internas que ha habido en el mundo en el Siglo XX con rapidez se advierte que las opciones negociadas han sido incompatibles con fracturas territoriales como alternativas para resolver las disputas armadas internas.

3. La Constitución del 91 le abre una salida a esta necesaria perspectiva de una posible negociación, por la vía de la creación de las Regiones que podrían posibilitar la reubicación institucional de los alzados (pero también la reubicación institucional de los colombianos) dentro de la



estructura de una nueva forma de Estado y de régimen político.

4. Por lo tanto, que se deje de manipular a la opinión nacional con los fantasmas de un "norte territorial"⁷ para las autodefensas, un "centro" para el ejército nacional y un "sur"; para las guerrillas.

Aunque la negociación no se encuentra a la vuelta de la esquina y aunque el asunto no sea tan elemental como soplar y poner a volar palomas, sin embargo, el desenlace negociado ha venido ganando terreno, pues, en algo o en mucho, las Sociedades civiles han avanzado en la construcción de su rol político de autodirección existiendo, por otra parte, una real aunque todavía endeble Política estatal de paz y, sobre todo, un creciente interés internacional por contribuir al final del conflicto armado en Colombia

La estrategia ensayada por el ELN posee, por lo tanto, bases efectivas de realismo.

Existen seis razones muy poderosas, que evidencian la necesidad de terminar la guerra, aunque todas ellas juegan a favor de uno o otro desenlace:

LA RECUPERACIÓN DE GOBERNABILIDAD DE COLOMBIA

Esta primera razón es de carácter político y puede enunciarse así: la naturaleza prolongada de esa guerra ha terminado por volver ingobernable a la República de Colombia. Aunque las razones de la ingobernabilidad sean múltiples y variadas, sin embargo, el conflicto armado constituye el problema público central del país. Y la nación se ha tornado ingobernable para todo grupo o líder independientemente de su posición ideológica, sea de derecha, centro o izquierda. Es por esto que por lo que el final de la guerra constituye una causa nacionalista por encima de las ideologías de grupo, sector o partido. Por lo tanto, la recuperación de la gobernabilidad de Colombia exige terminar esta guerra interna de cuarenta años de existencia. ¿Cómo? Los actores directos del conflicto y las Sociedades civiles tienen la palabra.

LA REACTIVACIÓN DE LA ECONOMÍA

La Segunda razón se encuentra estrechamente relacionada con el elevado costo económico del conflicto, que está arañando en casi cinco puntos el Producto bruto interno. Esto acontece precisamente en una sociedad en la que la inversión en una área estratégica para el desarrollo, como es la de Ciencia y Tecnología, no alcanza el 1% del PBI.

LA ACTIVACIÓN DE UNA POLÍTICA SOCIAL ROBUSTA

El tercer lugar, en materia de Política fiscal el financiamiento de las Políticas de orden público, que en lo básico son Políticas antiguerrilleras, se ha trepado a la tercera parte del Presupuesto nacional. Contrastante situación ésta con un Estado corroído por la corrupción y que cada día descarga sobre un pueblo sitiado por la pobreza absoluta y relativa, el financiamiento de la demanda en educación, salud y servicios públicos básicos.

LA CREACIÓN DE UNA CULTURA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

En cuarto lugar, la actual generación no puede permitir, lo que de ser así implicaría reforzar la perversidad cultural existente al respecto, que sus hijos actuales crezcan bajo la representación colectiva de que en su país, los problemas ligados al ejercicio del poder sólo pueden tratarse desde la mirilla de los fusiles. Por lo tanto, la creación de una Cultura civilista y democrática exige la terminación de la guerra.

EL RESANEAMIENTO MENTAL DE LOS COLOMBIANOS

Una quinta razón para luchar por el final de la guerra interna se funda en el hecho de que los colombianos, no obstante la naturalización y el adormecimiento colectivo frente a la muerte violenta, han empezado a evidenciar y expresar síntomas de saqueamiento psicológico" y de cansancio mental de cara a una guerra cada vez más exacerbada, degradada y degradante, que ha terminado por convertirse en una de las más importantes fuentes de las angustias e incertidumbres del ciudadano del común. El final de la confrontación

armada es necesaria, entonces, para empezar a recrear la salud mental de los colombianos.

LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LA NACIÓN

Finalmente, en sexto lugar, en una época en la que internacionalización de la nación ya no es una simple opción política sino, más bien, una imperiosa urgencia de los tiempos actuales, el país no puede continuar observando con pasividad todos los despliegues y consecuencias de un conflicto armado obsoleto, que se mueve en contravía de las lógicas, lenguajes, signos, contradicciones y intereses del nuevo orden mundial. Entonces, la puesta a tono de Colombia con el mundo, le exige finalizar la guerra. Estas seis razones, que juegan a favor de una salida negociada del conflicto, también se mueven a favor de un desenlace guerrerista. Por lo tanto, o se negocia con la insurgencia armada o la salida militarista se pondrá a la orden del día, situación ésta que colocaría al país en las orillas de una guerra civil de clase, que constituye ya una dramática y tozuda realidad en numerosas regiones y localidades de Colombia.

¿PARA QUÉ NEGOCIAR?

Entre el POR QUÉ y el PARA QUÉ NEGOCIAR no parecen existir límites muy precisos, pues las razones objetivas que presionan por el final de la guerra interna, preanuncian las metas y propósitos de una posible negociación.

Para tornar gobernable a Colombia; para reactivar sobre bases más sólidas la economía; para darle origen a una Política social robusta; para iniciar el resaneamiento mental de los colombianos; para eliminar uno de los mayores focos de violación de los derechos humanos así como uno de los grandes obstáculos a la creación de una Cultura política civilista y democrática; y para facilitar la internacionalización de la nación, el país requiere ponerle punto final a la

guerra, ojalá mediante una salida democráticamente concertada, la que de no lograrse por esta vía, tendría que buscarse por la de una confrontación militar definitiva, pues Colombia no parece resistir una década más de guerra prolongada.

Pero, iluso e ilusorio resultaría asignarle todos estos propósitos al final del conflicto político armado.

Varias claridades deben alcanzarse al respecto.

En primer lugar, en definitiva, como lo ha reiterado Jesús Antonio Bejarano, el equívoco del huevo y la gallina debe quedar despejado: tonto es continuar preguntándose si es necesario el final de la guerra para la construcción de la democracia y de la justicia social o si éstas son necesarias para la terminación de la guerra ⁽⁴⁾. A este respecto el texto de referencia es claro: la construcción de la paz constituye un proceso largo, complejo, difícil y contradictorio, que pasa por distintas etapas o momentos; pero "cada momento o fase de ese proceso tiene su propia urgencia sin que en cada una de esas etapas se pueden olvidar u oscurecer las otras dimensiones de la paz. Por ejemplo, la gran urgencia de esta primera fase del proceso de construcción de la paz es la de poner punto final a la guerra para poder recuperar la gobernabilidad de la nación, pero sin entresacar ese esfuerzo colectivo y nacional de las otras dimensiones de la paz, como lo son las de construcción de democracia y de justicia social"⁽⁵⁾

Para que, en lo estratégico, ello se haga posible (pactar el final de la guerra iniciando la construcción de democracia y justicia social, pues es para eso para lo que se negocia), en alguna forma la estrategia de negociación debería estar ligada a una estrategia de reconstrucción de la nación. "Cuando se observa la estrategia de poder, se dice en el referido texto, en ese largo camino que va desde la confrontación en sí misma y su desarme, pasando por las primeras y necesarias reformas sociales hasta llegar a los problemas de un Estado inconcluso" y en la más aguda

(4) "El País", Cali, junio 28 de 1998

(5) Entrevista de Mariela Márquez de Caracol Manizales a Humberto Vélez, Manizales, junio 22 de 1998

crisis de autoridad en relación con su capacidad para hacer vigente el derecho positivo, de representatividad, dada su notoria y notable ausencia de lo social y de hegemonía, observada su incapacidad de marcarle horizontes de largo aliento a la nación, "habría que precisar los actores sociales que impulsarían cada una de las etapas de ese proceso. Se observaría entonces cómo los enemigos en la confrontación armada podrían ser adversarios en los procesos de negociación sin clausurar la posibilidad de que se conviertan en aliados en los esfuerzos por sacar a adelante las reformas sociales".

¿CÓMO NEGOCIAR?

En apariencia la respuesta parece sencilla: se negocia "sentándose" a construir la negociación. Pero, las respuestas son más complejas de lo que revela la elementalidad de la tesis. Más importantes que las "sentadas físicas" en mesas cuadradas o circulares, rústicas o talladas, son las "sentadas sociales". Las primeras sólo lograrán ser eficaces si políticamente han madurado éstas últimas. La "sentada" del Presidente electo en una rústica mesa física con Marulanda Vélez y con el Mono Jojoy, además de su audacia y significación política, fue importante porque el proceso de negociación (sin que esté a la vuelta de la esquina y sin que todavía hayan salido a escena los enemigos "agazapados" de la paz, recordar la época de Belisario Betancour) ha avanzado y comenzado a madurar.

En primer lugar, las Sociedades civiles, sobre todo a partir del trabajo consistente de la Comisión Nacional de Conciliación, de los avances nacionales y regionales en la gestión de la Asamblea Permanente de la Sociedad civil y de los diálogos del ELN con ésta en Mainz, han jalonado en forma significativa el proceso de construcción democrática del proceso de negociación. Un primer hito de este proceso de maduración de las Sociedades civiles para una negociación, estuvo definido por los resultados del Mandato por la Paz en las elecciones del 26 de octubre de 1997. Entonces "por primera vez en la historia

política de Colombia se tuvo una indicación empírica significativa sobre los alcances de la cobertura social de los deseos de paz. Diez millones de colombianos expresaron a los actores directos de la confrontación armada que querían el final del conflicto; diez millones de voluntades manifestaron que estaban dispuestas a construir esa salida. Eran las sociedades civiles colombianas autofirmándose, por primera vez en su historia, en un importante papel político como constructoras y directoras de su propio futuro. Se trató de una votación histórica. ⁽⁶⁾

Desde el 26 octubre de 1997 con las elecciones colombianas hasta el 13 de julio de 1998 con el evento Mainz, Alemania, las Sociedades civiles colombianas han avanzado una enormidad en la construcción de una corriente nacional de pensamiento, de opinión, de acción y de poder favorable a una salida democráticamente concertada de la guerra interna. Esta corriente así concebida, constituye la primera, principal y más importante "mesa social" en cuanto escenario real de negociación. En el afianzamiento y cualificación de esta "mesa social" las Sociedades civiles tendrán que seguir avanzando hasta eventos que le proporcionen una base social nacional a la negociación, como podría ser la Convención Nacional propuesta por el ELN.

Pero, por otra vía, también se ha avanzado, en forma significativa, en la construcción de otro escenario real de una posible negociación. Ocurre que, como nunca, la Comunidad internacional ha venido reaccionando a favor de una negociación del conflicto político colombiano. Por lo tanto, también ha surgido una corriente internacional de opinión, acción y de poder a favor de una negociación política con la insurgencia armada.

Pero, hasta dónde se puede o debe ir a este respecto? En la formación de una correlación de poder favorable a una negociación, además del papel central que en ella deben cumplir las fuerzas sociales y políticas internas, el bloque de países amigos de Colombia también debe llevar un rol crucial.

(6) "El Conflicto..." op. cit. p.40

Clarificación especial, a este respecto, merece el papel que podría cumplir el gobierno norteamericano, hasta ahora bastante prudente. Aunque al gobierno de Clinton en la actualidad la guerrilla parece interesarle menos que los narcotraficantes a no ser bajo su condición de narcoguerrillas, sin embargo, por la incidencia tan marcada del país del norte en todo lo que ha sucedido en Colombia, su posición se torna fundamental en la formación de una correlación de fuerzas favorable a una negociación. Sin embargo, por esa misma razón, los Estados Unidos, para el caso colombiano, no tendrían mucho margen político para acciones de mediación. Hace unas pocas semanas el republicano Gilman relanzó el término "narcoguerrilla". Karmman, el nuevo Embajador norteamericano, dijo que la mejor manera de combatir a las guerrillas era derrotando al narcotráfico que la financiaba. Intervino entonces el Presidente Clinton para señalar que si existía algún nexo entre narcotráfico y guerrillas, la culpa la tenían los guerrilleros y los narcotraficantes y no los norteamericanos. Unas semanas antes, el General Wilhelm, al reubicar a Colombia en el contexto de América Latina, señaló que "Colombia es una nación en grave riesgo... Esta situación es un serio riesgo regional para Panamá, Ecuador, Venezuela y demás vecinos". Habló también Radio Mitre de Buenos Aires para manifestar que Wilhelm, en reunión con Generales latinoamericanos, había elevado consultas sobre la posibilidad de obtener respaldo a una eventual intervención en el conflicto interno de Colombia. En lo interno, el Presidente Samper quien, so pena de echar por la borda una posible negociación ya no podía endosar, como meses atrás, la hipótesis de la narcoguerrilla, dijo que el Estado colombiano sólo requería asistencia técnica foránea para luchar contra la droga y que no la aceptaba para combatir la insurgencia armada...⁽⁷⁾

Ciertamente que el impacto de la guerra interna que vive Colombia ha empezado a afectar, con lo cualitativo, a la Comunidad internacional vecina. En estas condiciones, entre los gobiernos latinoamericanos podría haber algún grado de simpatía hacia una especie

de alianza para combatir a la "narcoguerrilla" colombiana. En un momento dado, la simpatía podría tomar forma sobre todo si en el corto y mediano plazo no se abre paso con claridad la salida negociada. De todas maneras, una intervención no dejaría de generar un primer nivel de polarización social en el interior de la Sociedad colombiana. Pero, una cosa es "intervenir" y otra cosa es "participar". Ahora como nunca Colombia requiere que sus vecinos construyan la base principal del bloque de países amigos, que contribuya a construirle una salida democrática al conflicto interno. En un seminario internacional al que el autor de estas notas tuvo la oportunidad de asistir ⁽⁸⁾, el caso colombiano, situación casi inédita en el "aislado". Brasil, mereció una sesión especial en la que el enorme interés de los asistentes se concretó finalmente en la naturaleza de los nexos entre la guerrilla y el narcotráfico; al final de la sesión en la Universidad de Campinas, un pequeño núcleo conformado por brasileños, argentinos y paraguayos planteó una conclusión que, como colombiano, asumí como una recomendación hecha al país. Si el narcotráfico "narcotizó", aunque hubiese sido en pequeños círculos, a casi todos los espacios de la vida social del país, lo mejor que pueden hacer los colombianos si quieren encontrar una salida negociada, dijeron los citados investigadores, es hacer "tabula rasa" de una situación que, aunque enojosa y espinosa como la del narcotráfico, sin embargo, en alguna forma los engloba y responsabiliza a todos.

De todas maneras, cualquier modalidad de intervención, en alguna forma inspirada en un desenlace guerrillista, podría tener graves consecuencias internas como externas. Los países que interviniesen dando por sentado que los guerrilleros son narcotraficantes o que, sin aceptar del todo esta teoría, lo hagan desconociendo la etapa por la que la confrontación armada está pasando en Colombia, tendrían una elevada cuota de responsabilidad histórica en la exacerbación de la guerra interna, así como en la polarización social, ideológica y política, que una aventura de ese tipo produciría en la sociedad colombiana.

(7) Vélez ramírez, Humberto *"La Internacionalización del conflicto armado en Colombia"*

(8) *"IV encuentro Nacional de Estudios Estratégicos", Universidad de Campinas, Brasil, 11-114 de mayo de 1998*

En resumen, para rematar este tema sobre el cómo negociar habría que decir que en los últimos nueve meses, desde el Mandato por la Paz hasta Mainz, es mucho lo que se ha avanzado en la construcción y cualificaron de las "mesas sociales", que constituyen un requisito para la eficacia política de las "mesas físicas". Aún más. En Mainz, en una especie de preacuerdo - marco también se dieron las primeras puntadas para la "reglamentación" de una posible negociación. Por esta vía, el proceso de construcción de la negociación está logrando convertirse en un importante proceso de construcción de democracia. Como se reitera en el texto de referencia: "En suma, una negociación como ésta no puede ser sino un proceso de construcción de democracia" ⁽⁹⁾.

¿CUÁNDO NEGOCIAR?

La respuesta a esta pregunta también parece elemental: como en todo proceso histórico, ni tan rápido ni tan lento, ni antes de la maduración del conflicto ni cuando éste se encuentre en estado de "pudrición". Esta guerra ha tenido sus lógicas históricas y de cara a sus distintos desenlaces posibles, también ha tenido sus ritmos de temporalidad que le son propios. Por ejemplo, los tiempos de los actores el conflicto no son los mismos. No todos tienen las mismas urgencias de negociar, aunque sobre todos recaigan, ciertamente con efectos diferenciados, las presiones de dinámicas objetivas, que demandan el final de la guerra. Por lo tanto, el tratamiento negociado de esta guerra parece requerir de la asesoría cuidadosa de unos expertos en los ritmos de temporalidad de cada uno de los actores militarmente confrontados. El manejo adecuado de estos diferenciales de tiempos puede tornarse clave en ciertas circunstancias y coyunturas de la negociación.

¿QUÉ NEGOCIAR?

Habría que reiterar la hipótesis central de este Ensayo: entre las muchas cosas a negociar, las cuestiones relativas al estatuto de poder de los actores (en las

circunstancias de la guerra, de la negociación en sí y de la postguerra) constituyen el asunto central. Pero, antes de asumir el análisis de esta cuestión estratégica, conviene dejar fijados, teniendo siempre como referente el ya referenciado texto, los elementos más definitorios de lo que podría denominarse la Concepción o Ideología de negociación.

LOS ACTORES DEL CONFLICTO Y LOS INTERESES NACIONALES

El primer asunto de una ideología negociadora tiene que ver con los beneficiarios en una posible negociación. El balance crítico de las experiencias de reinserción que ha habido en el país, con claridad señala que, sin que se pueda ni deba prescindir de las necesidades particulares y familiares de los actores como individuos, sin embargo, los intereses de estos deben quedar integrados y articulados en una negociación realizada en función de los intereses nacionales. "Pues bien, ocurre que en el caso de una posible negociación entre actores que afirman y proclaman que poseen un Proyecto de Estado ligado a una propuesta de sociedad alternativa o no, puede y debe presumirse que los intereses nacionales constituyen el referente central. En este caso, una posible negociación debería ser, en lo básico, una negociación hecha en función de los intereses nacionales"⁽¹⁰⁾.

A este respecto, para poder iluminar en lo conceptual una posible negociación, debe precisarse qué es lo que se entiende en este final del milenio por intereses nacionales. En nuestro concepto, ahora en 1998 los intereses nacionales se encuentran íntimamente asociados a la existencia de un Estado "inconcluso" en la más aguda crisis de autoridad, de representatividad y de hegemonía⁽¹¹⁾.

No debería olvidarse que tanto en lo objetivo como en lo simbólico, cada uno de los actores del conflicto interpreta y se representa los intereses nacionales en primer lugar, desde su propio proyecto de Estado y de

(9) "El conflicto...", *op.cit.* p.42

(10) "El conflicto..." *op.cit.* pgs. 197-199

(11) "El conflicto armado...", *op.cit.* pgs. 77-78

Sociedad y, en segundo lugar, desde el sentido que le asigna a su disparar cotidiano. "Para los guerrilleros, en primer lugar, esos intereses toman forma bajo alguna versión o imaginario de socialismo; para los militares, en cambio, la nación es el Estado y la Sociedad vigentes, quizás con algún remozamiento agregado de modernización y democracia; y para las autodefensas, finalmente, la nación toma cuerpo en los intereses de los hacendados más tradicionalistas que, acosados por la vacunas de los guerrilleros, pero al mismo tiempo, asustados ante el avance~territorial de éstos, decidieron promover, en forma' autónoma, la creación de ejércitos privados".

Es claro que si son actores políticos, éstos están en guerra a partir de esa forma de interpretación y de representación de los intereses nacionales. Por otra parte, no se puede olvidar que cuando se habla de los actores indirectos del conflicto armado, se está haciendo referencia a las Sociedades civiles. El concepto de Sociedad civil no apunta a una realidad socialmente homogénea sino, por el contrario, altamente heterogénea y contradictoria. Por lo tanto, en el seno de la Sociedad civil también se dan formas diferenciadas de interpretar, leer y percibir los intereses nacionales. Esta contrastante situación es más importante de advertir ahora cuando la propuesta del ELN ha abierto la posibilidad de que las Sociedades civiles con el Estado y las guerrillas (han quedado por fuera las autodefensas) entren a definir y precisar en una convención nacional las materias objeto de negociación.

Por lo tanto, a este respecto hay que recuperar y mantener el sentido de realidad y de realismo. La realidad señala que, ya lo diga o no lo diga, ya lo explicita o no lo explicita, cada actor va ir a la Convención nacional o se va a sentar a la "mesa física" de negociación, con su ideario de Estado y Sociedad, con su historia particular como sujeto armado así como con sus intereses particulares de grupo o de individuo. Y el realismo, por otra parte, advierte, que va a ser desde allí desde donde negociará: desde la forma específica como interpreta, lee y se representa los intereses nacionales.

LOS MODELOS DE NEGOCIACIÓN

Una segunda cuestión importante tiene que ver con los Modelos de negociación.⁽¹²⁾ Se trata de un asunto que también debe ser despejado aun en lo conceptual, para allanar el camino.

Este asunto es particularmente importante, pues como ha reiterado Jaime Zuluaga, las especificidades del conflicto armado colombiano exigen una asimilación muy crítica de las experiencias internacionales evitando siempre interpolar esquemas de negociación. Aún más. La propuesta del ELN apunta a la iniciación de un esquema nuevo de negociación en cuyo contexto las materias a negociar, así como sus alcances y contenidos, seguramente no serán los mismos que se obtendrían dentro de una estrategia en la que solo el Estado y los actores directos del conflicto (con la participación muy marginal de los actores indirectos o Sociedades civiles) fuesen los actores exclusivos de la negociación.

Para la definición del modelo más adecuado de negociación Jesús Antonio Bejarano ha señalado importantes pistas metodológicas, al proponer un esquema en el que se busca un equilibrio, por decirlo así, entre la dimensión objetiva del conflicto (la existencia de estructuras injustas, por ejemplo) y sus factores más subjetivos (las ideologías, los deseos y la voluntad política de los actores).

A este respecto se puede señalar: "Cada actor al confrontar su disposición subjetiva determinará las condiciones desde las cuales entraría a negociar dos asuntos centrales: a su reposicionamiento en un nuevo contexto de luchas democráticas; b. un paquete de reformas estructurales indispensables y posibles".

En general, en ese juego variable entre lo subjetivo y objetivo y de acuerdo con el mayor y menor peso que se le conceda a lo uno o lo otro, se definen tres Modelos de Negociación en cuanto al alcance de las reformas se refiere. Según un MODELO NIHILISTA DE

(12) "El Conflicto..." *op.cit.* pgs. 207-208



NEGOCIACIÓN el Estado, al negar o minimizar las condiciones de poder de los alzados en armas, se llama negociación a la simple entrega de los fusiles, a la realización de algunos cambios residuales en el sistema político y a la concesión de algunos beneficios personales o familiares a los llamados "reinsertados". Este Modelo, ya ensayado en Colombia, no se puede volver a repetir. En segundo lugar, de acuerdo con un **MODELO MAXIMALISTA DE NEGOCIACIÓN** la insurgencia armada, al maximizar o sublimar su poder, minimizando al mismo tiempo el del adversario, busca imponer su ideario de Estado y Sociedad: el socialismo en el caso de los guerrilleros; el capitalismo salvaje en el caso de las autodefensas. Pero, en un tercer Modelo los actores, de acuerdo con sus reales condiciones de poder, pactan un conjunto de reformas estructurales. Es el **MODELO DE LAS REFORMAS NECESARIAS PERO POLITICAMENTE POSIBLES**.

Para el caso colombiano, este tercer Modelo parece el más adecuado y funcional en una negociación realizada desde parámetros de poder.

EL MODELO IDEOLÓGICO

Pero, dentro de qué esquema ideológico se harán las reformas estructurales más necesarias pero políticamente posibles?

Es difícil que en las actuales circunstancias internas y externas del país, el Estado Colombiano logre inscribir su quehacer en materia económica por fuera del paradigma neoliberal. Ciertamente que simplista resultaría agotar los problemas asociados al rol del Estado en la economía, en el debate "neoliberales" "socialdemócratas". Sin embargo, el punto de vista ideológico y doctrinario en el que el Estado inspira su acción y su papel en la vida social, constituye un asunto nodal en el momento de definir el sentido, la orientación, así como el contenido concreto de las reformas pactadas.

En la coyuntura de mediados de 1998 el eje problemático y crítico de la coyuntura económica parece encontrarse definido por la coexistencia de una elevada tasa de desempleo (según la Encuesta del DANE el 16% como promedio nacional) con una inflación elevada e incontrolable. Ha sido precisamente en el comportamiento y correlaciones entre estos fenómenos (inflación y desempleo) en donde los debates entre socialdemócratas, por decir algo, y neoliberales han sido más agudos y encontrados. En este caso, lo que más interesa son las consecuencias sociales de las políticas macroeconómicas del Estado.

¿Cuáles han sido los términos de esta controversia?

La primera fuente de discrepancia ha radicado en el papel (grado, sentido y orientación prioritaria) del Estado en la vida social en general y en la economía en particular. Este debate no puede tacharse de ideologizante como, so pretexto de aparente objetividad, han pretendido muchos neoliberales. El dilema doctrinario ha sido: o una economía predominantemente regulada desde la "dictadura" del

mercado en un contexto de competitividad y apertura más o menos aceleradas (neoliberalismo) o una economía en la que sin que se anule la acción de las fuerzas del mercado, se acepta la "dictadura" del Estado en un estado de competitividad y apertura graduales. Se trata de una opción que siempre será ideológica entre dos "dictaduras" que, en su accionar económico, producen, en el corto y mediano plazo, consecuencias sociales bastante diferentes. Entre uno y otro extremo se mueven posiciones, que presumen de autónomas, independientes- y hasta de a-ideológicas, pero que casi siempre terminan cayendo prisioneras de los esfuerzos por compatibilizar desarrollo económico y desarrollo social.

En un plano más concreto, en general los socialdemócratas piensan que una "forma eficaz de lograr la prosperidad es mantener altos niveles de gastos en la economía, con la esperanza de que altos niveles de demanda induzcan altos niveles de producción y empleo"⁽¹³⁾. Por cierto, muy keynesiana la tesis. Traducido el planteamiento al gasto público, los socialdemócratas "ven con buenos ojos la existencia de los déficits fiscales, por sus supuestos efectos reactivadores sobre la producción y el empleo". En este caso, para ellos, "una alta tasa de inflación- sería un precio que valdría la pena pagar para mantener alto empleo y producción". Los liberales, en cambio, piensan que una política de crecimiento económico basada en crónicos déficits fiscales es inviable pues, si bien las Políticas crónicas de exceso de gasto pueden ser efectivas en el corto plazo, sin embargo, en el largo plazo terminan siendo inefectivas y contraproducentes en los esfuerzos por mantener la producción y el empleo. Aconsejan entonces, levantar metas, de mediano y largo plazo, de crecimiento económico del 7 u 8 por ciento acompañadas de una inflación moderada como el camino más adecuado para combatir, en el largo plazo, la pobreza. En la década del setenta se caracterizaban como "desarrollistas" los enfoques que señalaban que primero había que hacer "un ponqué económico" bien grande para distribuirlo más tarde, en una segunda etapa.

Convendría recordar que uno de los artífices del llamado "milagro" chileno, Hernán Buche, ha advertido la difícil y compleja situación colombiana aconsejando asumirla por la vía neoliberal. Dice que no dudaría en apelar a una devaluación en medio del necesario apretón fiscal. Recuerda, por otra parte, que años atrás se veía a Brasil y Argentina con inflaciones muy elevadas en medio de estancamiento económico mientras Colombia se destacaba por un crecimiento alrededor del 4 o 5 por ciento con una inflación moderada. Al glosarlo, se podría afirmar que Colombia ha sido mediana e equilibradamente neoliberal. Sin embargo, en su concepto, aunque Colombia todavía no está en medio de una crisis hiperinflacionaria y de un caos económico, debe reenrutarse hacia la búsqueda, en el mediano plazo, de tasas de desarrollo del 7 u 8 por ciento con inflación de un dígito. Postula, entonces Buche, que la lucha contra la pobreza, al no ser un problema moral por no ser un asunto de la felicidad humana, sólo puede ser exitosa por la vía de los "mercados abiertos y competitivos"⁽¹⁴⁾.

Con cierta intencionalidad pedagógica, que no esconde el esquematismo, ahí radica, si embargo, el meollo del asunto.

Es éste, así, el primer cuello de botella que deberá sortear el Presidente electo, Andrés Pastrana, al diseñar e impulsar una Política de paz seria, agresiva pero coherente aunque sea de mediano y largo plazo: cómo aumentar el empleo y cómo iniciar las reformas sociales que necesariamente se derivarían de una posible negociación si, al mismo tiempo, tiene que producir la más drástica reducción del gasto público? El control drástico del gasto público sólo lo puede hacer dentro de un enfoque neoliberal de recorte de las salidas fiscales acompañado de medidas complementarias de incremento de las entradas, pero, para impulsar y concretar las reformas sociales de corto y mediano plazo, tendría que rastrear, en forma paradójica y contradictoria, otras alternativas doctrinarias, pues la acción del Estado no se puede fragmentar: "neoliberal" para unos asuntos y "socialdemócrata" para otros.

(13) Castellano García, Daniel. "Neoliberales y Socialdemócratas"; *"El Tiempo"*, julio 19 de 1998

(14) *"El Tiempo"*, 19 de julio 1998

Por lo tanto, en la definición del Modelo ideológico que inspiraría al conjunto de los cuatro grandes momentos de una posible negociación (parámetros o términos de la negociación; en sí negociación; acuerdos de reformas; y realización de las reformas) va a radicar uno de los puntos más neurálgicamente problemáticos del proceso.

Aunque el Presidente electo, en materia de una posible negociación, hasta ahora ha sido más pragmático que discursivo y conceptualizador, sin embargo, en su accionar del último mes ha venido soltando algunos "elementos conceptuales", que permiten adivinar por donde se movería para manejar las contradicciones entre "Modelo Neoliberal" para enfrentar el déficit fiscal y un "Modelo socialdemócrata" para manejar la paz.

En alguna forma ha comenzado a exportar el conflicto con su tesis de la "privatización" de la paz. Fue así como a la semana de elegido avanzó: "He propuesto el Plan Marshall nuestro, un plan para tratar de traer ayuda y cooperación. Creo que van a haber distintos mecanismos. En el tema de la paz creo que hay dos aspectos que son importantes. El BID tiene un Fondo para la Paz. Al parecer, en la reunión de las Naciones Unidas sobre drogas hay un fondo también importante para todo el tema para la erradicación de cultivos y alternativas para inversión social"⁽¹⁵⁾.

En la tesis de la "privatización" de la paz se encuentra una primera pista que permite adivinar uno de los ejes doctrinarios que inspiraría su Política de paz.

A este respecto, una segunda pista importante se vislumbra en su posición sobre la orientación básica de la inversión para la paz. "Sobre todo, dijo, todavía nos hace falta mucho más contacto (se refiere a contactos internacionales) porque donde hay que invertir es en las zonas más pobres, marginadas y abandonadas del país, en donde menos presencia tiene el Estado y por eso tenemos que buscar un organismo que permita coordinar estos esfuerzos para hacer las inversiones que se necesitan, sobre todo para el proceso de reinserción".

Ese organismo parece encontrarlo en una Cancillería para la Paz mientras los contactos internacionales se han reforzado, sobre todo a partir del evento de Mainz, con el interés demostrado por varios países de la Unión Europea en los asuntos relativos al financiamiento de la paz en Colombia.

En lo pragmático, Andrés Pastrana ha dado un paso efectivo en el reconocimiento del poder de los guerrilleros (no importa ahora precisar cuál es el volumen de recursos de poder que estos tienen) al reunirse, ya como Presidente electo, con Marulanda Vélez y al programar posibles reuniones con el ELN. Sin embargo, algunos de los planteamientos que ha avanzado, que preanuncian el carácter de su Política de paz, podrían llegar a constituirse en escollos concretos en el proceso de negociación. Esto no debería asustar a nadie, pues al desatarse un proceso como éste, lo inédito que se encontrará, superará siempre con creces a lo que se esperaba encontrar. En la "privatización" del proceso de financiamiento de la paz; en la orientación de la inversión de paz hacia las meras zonas marginales en las que el Estado socialmente ha brillado por su ausencia o hacia las zonas que han constituido la base geográfica y social de los paraestados; y en la concepción de la negociación como una estrategia de reinserción en la que los actores "negociadores", al reintegrarse a la vida en sociedad, quedan reducidos a la condición de simples apéndices del establecimiento, se encuentran tres fuentes potenciales pero muy importantes de obstáculos de coyuntura a una posible y concreta negociación.

En relación con este último punto, de entrada se debe señalar que en la actualidad el discurso de la reinserción no hace parte ni de la ideología ni de la práctica de negociación de los guerrilleros.

En Mainz con claridad lo dijo Pablo Beltrán: "¿A qué Estado nos piden que nos reinsertemos y entregemos las armas? ¿Acaso es que la sociedad civil le tiene confianza a ese aparato de poder?"⁽¹⁶⁾

Por lo tanto, quedaría claro que en la actualidad los

(15) "Seré el Mondragón de Colombia", Entrevista al Presidente electo, Andrés Pastrana, en "El Tiempo", 28 de junio 1998.

(16) Molano, Alfredo "Crónica secreta de un acuerdo a puerta cerrada", en "El Espectador", 19 de julio de 1998

guerrilleros pretenderían pasar de las lógicas de la guerra a las lógicas de la democracia asumiéndola como actores autónomos, independientes con identidad política y no como simples apéndices o soportes de la reinstitucionalización del viejo régimen.

La reinserción, entonces, ha muerto para la actual guerrilla colombiana.

En cuanto a la tesis de la "privatización" de la paz y de la exportación del financiamiento del conflicto el asunto también podrá llegar a tornarse especialmente espinoso, al hablarse de los aspectos internacionales de una posible negociación. En primer lugar, se acepta que la formación de una corriente internacional de opinión, de acción y de poder favorable a una salida negociada del conflicto, constituye parte importante de los necesarios escenarios reales de negociación. También se espera la ayuda y cooperación financiera internacional en la medida en que se trate de una colaboración sin "amarres". Pero, de ahí a hacer descansar el financiamiento de las reformas ligadas a la negociación, en Fondos de Organismos Internacionales o de Países Amigos de Colombia, hay mucho trecho. Por esa vía se estaría "neoliberalizando" el tratamiento de la paz, las reformas quedarían maniatadas y subordinadas a los monitoreos internacionales tipo Fondo Internacional Monetario y sobre todo, se estaría descargando a los grupos económicos internos, a la clase dirigente y al propio estado, del pago de la deuda de justicia social que tienen con el pueblo colombiano.

Entonces, la privatización de la paz así concebida, más temprano que tarde emergería como un formidable obstáculo concreto a una posible negociación.

Finalmente, en una nación con un estado inconcluso en la más aguda crisis de autoridad, legitimidad y hegemonía⁽¹⁷⁾, fenómenos en cuya acentuación y reforzamiento en forma notable han incidido las dinámicas asociadas al conflicto armado, no puede pensarse que la guerra interna se va a resolver focalizando la inversión de paz en las zonas marginales

o en las que constituyen la base geográfica y social de los parecidos. La inversión en construcción de paz debe cubrir al conjunto de la nación y no simplemente a las zonas críticas con conflictos reales o potenciales más agudos.

¿QUÉ MAS NEGOCIAR?

El estatuto de poder de los actores es el asunto estratégico del qué negociar. Conviene reiterar, en el anterior contexto conceptual y analítico, la tesis central de este Ensayo: la llave para abrir cada una de las puertas del proceso de negociación en sus cuatro etapas, se encuentra en el estatuto de poder de los actores tanto en el momento de la guerra como el de la negociación en sí y en el de la postguerra.

Analistas que se mueven en distintos niveles de abstracción así como en diversos planos de interés en el asunto, han captado que, más allá de la espectacularidad propia de esta fase de euforia, que seguramente no va a durar mucho, lo más inédito y original de los preacuerdos de Mainz ("Puerta del Cielo" debería ser "Puerta de la Tierra") no fue lo que se planteó; y concertó en esa "mesa social" sino, más bien, lo que explícitamente dijeron los representantes de las guerrillas en las entrevistas posteriores a la firma. Con lo anterior no se pretende oscurecer la originalidad del esquema en el que las Sociedades civiles (en donde están y se mueven todos los actores indirectos del conflicto armado) juegan un papel protagónico.

"El País" de Cali lo advirtió con claridad. En el Editorial del 19 de julio de 1998 tituló: "Paz con ELN, a cuentagotas". En él señala que Pastrana no se equivocaba cuando afirmaba que la paz aún estaba lejos.

"Y lo está, dijo el editorialista, porque el ELN centra el objetivo estratégico en conservar su autoridad en sus zonas de influencia, por lo menos en el mediano plazo. Es más, ha manifestado su deseo de manejar los recursos de los municipios donde tienen presencia, con el argumento de vigilar la destinación de los mismos".

(17) A este respecto ver Cap. 2 "El Conflicto político armado, crisis de la hegemonía y el estado - nación", en "El Conflicto..." op. cit. pgs. 75-93

La formulación del problema puede ser ésa u otras más o menos cercanas, pero que, en alguna forma, apunta a la cuestión central: para la guerrilla en la actualidad el asunto más estratégico de una negociación está asociado a alguna forma de institucionalización, como actores políticos autónomos, del poder político que poseen en el plano militar.

Precisamente esta tesis constituye quizás el eje central de la reflexión y del análisis realizados en el libro "El Conflicto Político Armado en Colombia Negociación o Guerra" alrededor de los grandes problemas de la guerra interna. Veámoslo:

1. En el Capítulo 5 "Veinte tesis sobre la Negociación sobre el conflicto sociopolítico armado" señala la octava tesis: "En Colombia la negociación se hace desde parámetros con efectos y alcances de poder, o no será posible".

2. Por su parte la quinta tesis, titulada "Conflicto armado, Estado y Sociedad", se inicia así: "El trasfondo más importante del conflicto armado ha sido el de la forma de Estado desde la cual debería de reorganizarse socialmente la nación colombiana". Esto significa que si en el contexto específico de la confrontación armada las formas de Estado enfrentadas han estado ligadas a los idearios de los guerrilleros (El Socialismo), de los militares (El Capitalismo más o menos remozado) y de las autodefensas (El Capitalismo Salvaje), en el caso de una posible negociación el problema de la forma de Estado bajo la cual se van a realizar las reformas, continuará siendo el asunto central.

3 En el Capítulo 3 se señala: "Es claro que en los últimos años las guerrillas colombianas se han movido de acuerdo con una estrategia según la cual les preocupa, no la tierra como problema social, sino el progresivo control territorial trabajando desde las regiones y localidades. Por esta vía buscan precipitar la crisis del Estado central".

En esa forma a través de sus dinámicas de guerra, la insurgencia armada se ha metido de lleno en la lucha por la forma de Estado. De continuar en la guerra seguramente continuaría luchando por una forma socialista de organización estatal; pero, si decide entrar

en las negociaciones, seguramente se mantendrá en la lucha por una forma de Estado no ya socialista sino, más bien, por una forma modernizada, democrática social de Estado capitalista.

Humberto De La Calle Lombana ha entendido a cabalidad este aspecto del problema. En un artículo suyo publicado en "El País " de Cali dice que lo de Mainz más revelador es lo declarado por Pablo Beltrán. Señala que ahora, a diferencia de antes, la paz no está ligada a la forma de gobernar y ni siquiera a la forma de gobierno sino, más bien, a la forma de Estado. En un primer momento bastaba focalizar el gasto en PNR, la amnistía, las becas y los taxis; en un segundo momento, a lo anterior se agregaba el estatuto de oposición, las circunscripciones electorales para minorías, la organización territorial, la descentralización fiscal y política. Ahora, en cambio, como lo había reiterado Beltrán "a las guerrillas - no solo al ELN - les corresponderá el ejercicio de la autoridad en las zonas donde han predominado".

Trasladada esta tesis a las lógicas conceptuales del texto de referencia, significa que las guerrillas, en el caso de una negociación, al presionar por la institucionalización de su poder en las zonas donde han predominado (los llamados paraestados), entrarían a asumirse como actores autónomos dentro del Estado. Sería ésta la lógica consecuencia de la situación descrita por Pablo Beltrán: "Voy a ser más claro, doctora, respondió Beltrán en Mainz a una pregunta de María Isabel Rueda, la guerrilla es un poder, un embrión de Estado asentado en varias regiones del país en donde no lo han podido sacar, tiene un mando responsable que se guía por unas normas acordadas por todos los miembros, con objetivos políticos y una estrategia militar que no ha sido derrotada. Por el contrario, crecemos, nos consolidamos cada día más. La guerrilla no se va a desarmar porque sus armas se las ha ganado. A qué Estado nos piden que nos reinsertemos...?".

Eso no obstante, todo parece indicar que la guerra de guerrillas no es en la actualidad una guerra de secesión, que- busque "varios estados dentro de una misma nación". En este sentido es inadecuada la interpretación dada por De La Calle Lombana al fenómeno. Dice al

respecto: "Si su punto de vista sale adelante, la cuestión ahora es la de un Estado dividido dentro de una nación única. O al menos, un Estado compartido. Podríamos bautizarla como la teoría del huevo de dos yemas, que por cierto no carece de antecedentes, aunque en la historia de los conflictos es más común el caso inverso: varias naciones en un Estado". Por el contrario, es el propio Beltrán el que clarifica la posición de la guerrilla. Alfredo Molano describe así lo sucedido en la sala capitular de Mainz: "...Pablo, sin pestañear, fue más descarnado y sin tono épico dijo: no nos vamos a desarmar nunca. Significa eso que habrá dos ejércitos?, preguntó alguien. Si, respondió Pablo. Equivale a un desmembramiento del país?, preguntó otro. No, cortó Pablo, garantiremos la unidad nacional y la soberanía. Dos sistemas, un país?, preguntó un tercero. Algo así, respondió Milton, otro comandante. Una tregua indefinida, sentenció Gabriel Izquierdo con su vozarrón de contrabajo. La inquietud de Pacho Santos contrastaba con la flema de Juan Manuel, su primo, Gardeazábal se reía diabólicamente, Luis Carlos Villegas quedó estupefacto y Visbal ponía cara de yo se los dije".

Frente a la estupefacción provocada en Mainz por la revelación de que en el caso de una negociación buscarían, como actores autónomos, la institucionalización de su poder dentro del Estado, Humberto De La Calle Lombana se ha mostrado más abierto: "Si allí está el despertar de la paz, escribió, es imperativo darle rienda suelta a la creatividad" retornando al derecho constitucional para bucear en ciertas formas de federalismo, para revisar ciertos casos de Estados asociados. Lo sucedido intra y extra el evento de Mainz, en lo empírico parece avalar la tesis central de este Ensayo: en el caso del qué negociar, el estatuto de poder de los actores tanto en el momento de la guerra como en los de la negociación en sí y la postguerra, constituye el asunto más importante y estratégico. Podrán pactarse grandes y profundas reformas estructurales en lo institucional y lo social, pero mientras el asunto del poder no esté resuelto todo quedará en el plano de las meras intencionalidades humanas.

Pero, por qué los guerrilleros requieren que se les garanticen esas condiciones de poder en la

prenegociación, en la negociación en sí misma y en la postnegociación?

Como actores políticos en guerra tienen el poder que han logrado mediante los avances progresivos en el control territorial en numerosas regiones y localidades del país; a partir de esta situación, al entrar en una negociación, exigen que ese poder político que han conquistado en la lucha militar, les sea reconocido institucionalmente de tal forma que puedan concertar democráticamente las reformas necesarias, pero políticamente posibles; finalmente, al entrar al Estado y al régimen como actores autónomos con poder, podrán, por una parte, garantizar la realización de las reformas pactadas y, por la otra, colocarse en condiciones de lucha democrática y civilizada por ganar correlaciones de fuerza favorables a su proyecto de Estado y Sociedad.

